

Un manual compendio de vida cristiana. El *Audi, filia* de san Juan de Ávila

José-Damián Gaitán de Rojas, ocd

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN San Juan de Ávila dedicó una parte más bien larga de su vida a redactar, completar y revisar la obra conocida universalmente como *Audi, filia*. Sus contenidos tienen una conexión muy estrecha con los grandes temas del pensamiento teológico y espiritual de dicho autor, aunque en muchas ocasiones estén ahí solamente indicados y no siempre desarrollados. Esto vale para algunos temas del dogma cristiano, pero igualmente para otros más de tipo práctico o ascético/místico, que, en principio, son los que constituyen el objeto central y preferente de dicho texto.

PALABRAS CLAVE *Audi, filia*, vida cristiana, conocimiento propio, Cristo Crucificado.

SUMMARY *Saint Juan de Avila dedicated a considerable part of his life to writing, amplifying and revising his book universally known as Audi, filia. Its contents have a close link to the broad themes of the author's theological and spiritual reflections, but often they are merely mentioned and not always worked out. This is the case for some points of Christian dogma, but also for others of a more practical or ascetical-mystical viewpoint. It is these that make up the central and preferred objective of the text.*

KEYWORDS *Audi, filia, Christian life, self-knowledge, Christ crucified.*

El *Audi, filia* fue, sin duda, la obra a la que Juan de Ávila (1499-1569) dedicó más tiempo y desvelos. Según parece, de la misma ya existía una primera versión al menos hacia 1536. Pero, por diferentes razones, su itinerario de elaboración definitiva se alargó incluso hasta algunos años después de la muerte de su autor, es decir, hasta el 1574. Este fue el momento en el que se pudo imprimir la segunda redacción oficial, ya con todos los permisos corres-

pondientes, después de haber hecho las modificaciones y aclaraciones pedidas por los censores de turno, incluidas algunas, parece ser que pequeñas, que corrieron a cargo de sus discípulos en los años posteriores a la muerte del Maestro Ávila¹.

En la actualidad tenemos, pues, dos redacciones o versiones de dicha obra. Una, la que, según parece, se imprimió en 1556 sin permiso de su autor e, igualmente, sin los debidos permisos de los censores eclesiásticos. Esta versión, según veremos más adelante, no sería la inicial de 1535, sino una posterior, ya muy enriquecida con diferentes aportaciones y reelaboraciones hechas por nuestro autor al texto original. De todas las formas, conserva aún un estilo bastante fresco y directo. La otra es la publicada en 1574, que, según los expertos, correspondería fundamentalmente al texto que ya tenía preparado nuestro autor en 1564, y que fue aprobado por el obispo de Córdoba en 1565. Tiene un estilo más teórico y, de alguna manera, más impersonal, aunque dentro del mismo se puedan seguir encontrando párrafos enteros en los que se dirige, o parece seguir dirigiéndose, a alguno de sus destinatarios anteriores u otros nuevos. Por lo demás, en esta última se pone quizá más de relieve el predicador que fue nuestro autor, con su recurso relativamente frecuente a admiraciones dirigidas a Dios e interrogaciones dirigidas a sus posibles lectores².

1 Para el texto de las dos versiones de esta obra cf. JUAN DE ÁVILA (SAN), *Obras completas I*. Nueva edición crítica: *Audi, filia 1556, Audi, filia 1574, Pláticas espirituales, Tratado sobre el sacerdocio, Tratado del amor de Dios*. Introducciones, edición y notas LUIS SALA BALUST – FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ (BAC, Madrid 2000) LXXXV, 999. También cf. *Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila I. Biografía. Audi, filia 1556 y 1574*. Introducciones, edición y notas LUIS SALA BALUST; nueva edición, revisada y continuada FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ (BAC, Madrid 1970) 67*, 867. La diferencia fundamental entre estas dos ediciones en lo que se refiere al texto avilino estriba en que en la segunda edición citada, la más antigua de las dos, encontramos en los laterales una indicación, de cinco en cinco, de la línea correspondiente al actual texto impreso. Sin embargo, en la edición más reciente, la del 2000, esto se ha suprimido, y se ha preferido dividir los capítulos en párrafos. Aunque en sí ambas ediciones son bastante idénticas, aquí me referiré siempre a la edición del 2000.

En castellano contamos también con otras dos ediciones bastante recientes del texto de 1574, con introducciones muy interesantes en ambos casos. Cf. JUAN DE ÁVILA (SAN), *Audi, filia*. Ed. A. GRANADO BELLIDO (San Pablo, Madrid 1997) 567; JUAN DE ÁVILA (SAN), *Audi, filia*. Ed. T. H. MARTÍN – F. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ (BAC, Madrid 1999) XXIII, 352. Se trata, sin embargo, de ediciones más bien populares, entre otras cosas porque se han simplificado los títulos de los capítulos o modernizado algo el lenguaje.

2 Para más datos sobre las distintas vicisitudes históricas de esta obra, cf. la interesante exposición que encontramos en el cap. 6 del “Estudio biográfico” que encontramos en: JUAN DE ÁVILA, *Obras completas I*, 169-193, y la “Introducción” al *Audi, filia* titulada “Diferencias doctrinales entre las dos ediciones del *Audi, filia*”, en: *Ibid.*, 377-404. También F. MARTÍN HERNÁN-

I. OBSERVACIONES INICIALES

El *Audi, filia* considerado en cuanto tal tiene desde sus orígenes vocación de ser un manual básico o exposición compendio de vida cristiana. Y digo básico, porque, en mi opinión, nunca tuvo pretensiones especialmente místicas. Al menos eso es lo que me parece deducir de la lectura de los dos textos o redacciones del mismo. Es más, creo que, no obstante algunas referencias acá o allá a algo que se pueda interpretar en un sentido más bien místico o más propio de etapas místicas que de ascéticas, en general no se va más allá de lo que podríamos llamar un planteamiento más bien básico y ascético universal, es decir, característico sobre todo de las primeras etapas de la vida cristiana, aunque no por ello con contenidos llamados a desaparecer necesariamente después en ulteriores etapas. Pero no sólo. Me parece que no hay en el mismo algo que pudiera parecerse a una descripción del camino o itinerario espiritual desde sus primeras fases hasta las últimas y más elevadas, sino más bien un ceñirse a las primeras etapas, desde la conversión a los primeros pasos fundamentales en el camino cristiano. Así, desde el principio de la obra se habla del pecado y de todo aquello que hay que dejar para vivir el Evangelio, sin olvidar desde luego las referencias al perdón y la misericordia de Dios, y eso mismo, aunque con algunas variantes de matices y planteamientos, es lo que seguimos encontrando también en los apartados y capítulos finales³.

En línea con lo que vengo diciendo sobre el carácter generalista o básico de esta obra, y muy en sintonía con lo que hoy llamamos “vocación universal a la santidad”, me parece importante resaltar el hecho de que esta obra no se detenga, o se detenga muy poco, a hablar de la vida religiosa o de la vida sacerdotal en cuanto tal; una realidad, esta segunda sobre todo, a la que Juan de Ávila dedicó mucho de su tiempo y reflexión a lo largo de su vida. Por el contrario, sin embargo, puede llamar la atención la insistencia que se aprecia

DEZ, “Presentación”, en: JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia* (BAC, Madrid 1999) XI-XXIII; J. ESQUERDA BIFET, “Audi filia”, en: IDEM, *Diccionario de san Juan de Ávila* (Monte Carmelo, Burgos 1999) 79-86; J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila* (BAC, Madrid 2000) 79-84.

3 M. ANDRÉS MARTÍN reconoce explícitamente que nuestro autor no sigue en *Audi, filia* el esquema tradicional de las vías: cf. *San Juan de Ávila, maestro de espiritualidad* (BAC, Madrid 1997) 113. Más adelante dirá también que tampoco desarrolla de forma tan acabada como lo hará Juan de la Cruz y otros autores posteriores el modo de la unión del hombre con Dios, cf. *Ibid.*, 143.

en la castidad como virtud y como estado de vida. Quizá en esto se pueda ver una de tantas huellas de lo que fue el texto original, dirigido a Sancha Carillo, una joven que había decidido dedicar su vida a Dios, aún sin abandonar su hogar familiar.

En otro orden de cosas, y a pesar de lo que pudiera sugerir el título por el que se conoce esta obra, me parece importante indicar que Juan de Ávila no concibe su *Audi, filia* como un manual de oración sin más, como había hecho anteriormente Francisco de Osuna con su *Tercer Abecedario*, o como hizo por aquellos mismos años su discípulo y compañero Luis de Granada⁴. Considero fundamental tener en cuenta este dato ya desde ahora. No es que diga que nuestro autor no hable de la oración a lo largo de esta obra, sino que, al menos como práctica, la entiende más bien dentro de una realidad mucho más global, es decir, dentro de la relación existencial entre el hombre y Dios, o entre Dios y el hombre, que es la vida cristiana. Y por otra parte está claro que toda ella está pensada para provocar en el lector la reflexión, la meditación y la oración en el conocimiento propio, aunque no sólo. También, y sobre todo, a través del conocimiento y la contemplación de las vías y caminos de amor de Dios respecto del hombre. Un conocimiento que en la mente e intención de nuestro autor no puede dejar al hombre nunca en donde estaba previamente, sino que debe llevarlo y convertirlo a Dios.

Por lo demás, al ser una obra que durante varias décadas ha ido sufriendo diversas elaboraciones, correcciones, ampliaciones y reelaboraciones, hasta el punto de doblar materialmente en extensión la segunda redacción a la primera, su texto, con intención explícita o menos, ha sufrido necesariamente la influencia de todas las demás realidades que Juan de Ávila ha ido madurando y viviendo en esos mismos años; permaneciendo siempre, sin embargo, lo más fiel posible al proyecto original de la misma en cuanto propuesta de compendio básico de vida cristiana. Se da así una interesante interacción entre el *Audi, filia* y los demás escritos de nuestro autor, tanto en el campo teológico dogmático como en el de la teología espiritual considerada en cuanto tal. Por eso mismo, quien quiera conocer cuál es el pensamiento completo de nuestro autor a propósito de los temas tratados o esbozados en dicha obra, debe necesariamente tener en cuenta lo que escribe o desarrolla

4 B. JIMÉNEZ DUQUE lo afirma claramente en *El maestro Juan de Ávila* (BAC, Madrid 1988) 189.

al respecto más ampliamente en sus otros escritos. De hecho, esto es lo que nos demuestran de forma contundente algunas síntesis actuales de su pensamiento. A ellas me remito⁵.

II. ALGUNAS CLAVES DE LECTURAS DADAS POR EL MISMO AUTOR

Para entender una obra es muy importante contar, ya de partida, con algunos textos en los que el autor nos declara y explica sus intenciones y propósitos. Esto es lo que sucede en el caso del *Audi, filia*. Por eso me voy a detener ahora en ellos. Personalmente estoy convencido no sólo de la utilidad de dicho ejercicio, sino también del peligro de no tener en cuenta, en este caso como en otros, dichas claves de lectura, porque eso puede llevar a lector, y al estudioso, a hacer lecturas parciales o en parte equivocadas.

1. EL TÍTULO PRINCIPAL

La obra de Juan de Ávila que hoy conocemos vulgarmente como *Audi, filia* en realidad tendría otro u otros títulos más ampulosos y descriptivos, en sintonía con los gustos de su época. Al menos eso es lo que se desprende de las dos versiones impresas correspondientes a textos inicialmente cuidados o revisados por nuestro autor. Lo cual no impide la posibilidad de que el texto más original, el de 1535, quizá llevara simplemente como título los versos del salmo 44, 11-12, que dicen en latín: *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui. Et concupiscet rex decorem tuum*. Versos que, por otra parte, aparecen en latín y en castellano en el inicio

5 Cf. J. ESQUERDA BIFET, "Jean d'Ávila", en: *Dictionnaire de spiritualité* VIII (Beauchesne, Paris 1974) cols. 269-283; M. ANDRÉS MARTÍN, *San Juan de Ávila, maestro de espiritualidad* (BAC, Madrid 1997) 189; J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila* (Monte Carmelo, Burgos 1999) 976; J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila* (BAC, Madrid 2000) 569; *El maestro Ávila*. Actas del Congreso Internacional, Madrid, 27-30 noviembre 2000 (EDICE, Madrid 2002) 1007; F.J. DÍAZ LORITE, *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en san Juan de Ávila* (Madrid 2007) 576; E. PACHO, *El apogeo de la mística cristiana. Historia de la espiritualidad clásica española* (Monte Carmelo, Burgos 2008), cap. VII: "San Juan de Ávila, el 'Maestro' y el oráculo", 699-777; J. ESQUERDA BIFET, "Juan de Ávila, una figura que trasciende su época": *Seminarios* 57 (2011) 13-31.

mismo del libro impreso en 1556, inmediatamente después de la dedicatoria y la nota del editor, y cuyas palabras van a servir de guía para la exposición o desarrollo de dicha obra⁶. Pero, si nos atenemos ahora al título principal que aparece en la edición de 1556, podemos leer allí lo siguiente:

Avisos y reglas cristianas para los que desean servir a Dios, aprovechando en el camino espiritual. Compuestas por el maestro Ávila sobre aquel verso de David: Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam⁷.

Quizá se podría dudar de la autenticidad avilina de este título tal cual aparece en la portada de la obra impresa en 1556, pero el texto de la Dedicatoria nos certificará lo contrario, es decir, que se debe, al menos en esencia, a nuestro autor. Así, si en un principio el texto bíblico podría sugerirnos que estamos ante una especie de *lectio divina* aplicada al camino espiritual, el título más descriptivo, el segundo, nos ayuda a situarnos de forma mucho más real ante lo que es en sí mismo el texto que se nos ofrece a continuación⁸.

Si pasamos ahora a la segunda versión de esta misma obra, según el texto impreso en 1574, podemos ver que el título dado a la misma se ha vuelto aún más largo y descriptivo:

Libro espiritual, que trata de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio, y de los remedios contra ellos; de la fe y del propio conocimiento; de la penitencia, de la oración, meditación y pasión de nuestro Señor Jesucristo, y del amor de los prójimos⁹.

De nuevo aquí podríamos preguntarnos si este fue realmente el título que nuestro autor quiso para esta versión revisada, corregida y ampliada de su *Audi, filia*. Lo cierto es que constituye un resumen bastante exacto de la misma; muy en sintonía con lo que luego el mismo autor dirá en el Prólogo. Y los términos que aparecen ahí se pueden encontrar también después a lo

6 Cf. JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* I, 409.

7 *Ibid.*, 405.

8 Cf. *Ibid.*, 407-408.

9 *Ibid.*, 533.

largo de los diferentes capítulos que la componen. Porque ésta es una de las características más importantes de esta nueva versión: su conversión definitiva en tratado, articulado claramente en capítulos.

2. LA DEDICATORIA DE 1556¹⁰

La Dedicatoria que encontramos en la edición de 1556 va dirigida a don Luis Puerto Carrero, conde de Palma. En dicho texto Juan de Ávila explica cómo durante muchos años este escrito suyo se había ido difundiendo entre mucha gente a través de copias manuscritas que con frecuencia, sin embargo, estaban llenas de errores doctrinales, haciéndole decir lo contrario que había querido afirmar. Lo cual significaba, por otra parte, un grave riesgo de continuas acusaciones contra él y su doctrina. Lo dicho anteriormente, y los ruegos de algunos, fue lo que, según él mismo confiesa, le movió a ponerse en serio a trabajar en la preparación de un texto revisado de dicha obra con el fin de hacerlo imprimir. En todo caso, si ya antes se había mostrado remiso a una posible publicación del mismo, el ambiente de aquellos años cincuenta del siglo XVI, con el Concilio de Trento en marcha planteándose el tema de la justificación y con cierta prevención ambiental hacia los libros así llamados espirituales, parece ser que fueron las causas, entre otras, de que una vez más al final se detuviese ante la posibilidad o no de publicar dicho texto, que, ciertamente, ya había revisado, completado y preparado en orden a su impresión desde hacía algún tiempo. Lo cual posibilitó, de hecho, que, según parece sin su permiso, se acabara publicando en 1556. Pero también que, poco tiempo después, en 1559, quedara incluido, junto con otros escritos del arzobispo Carranza, Luis de Granada y Francisco de Borja, entre otros, en el índice del Inquisidor Valdés, es decir, en la lista de los libros cuya lectura podría ser peligrosa para la fe¹¹.

Además de estas noticias sin duda interesantes para la comprensión de esta edición o versión de la obra, hay otros datos que me parecen de especial

¹⁰ Cf. *Ibid.*, 407-408.

¹¹ Cf. B. JIMÉNEZ DUQUE, *El maestro Juan de Ávila*, cap. X: "1559: El 'Audi, filia' en el 'Índice'", 129-141; J. ESQUERDA BIFET, "Inquisición", en: IDEM, *Diccionario de san Juan de Ávila*, 512-517; L. SALA BALUST – F. MARTÍN HERNÁNDEZ, "Estudio biográfico", en: JUAN DE ÁVILA, *Obras completas I* (2000) 185-193; F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, "Vida y escritos de san Juan de Ávila a la luz de

relieve para entender su realidad más profunda. Por ejemplo, el mismo Juan de Ávila nos advierte que este texto, que en un primer momento se escribió sólo para una persona, Sancha Carillo, ahora se ha revisado y completado pensando en un público más amplio. Comparando ambas redacciones, la primera y esta nueva, dice así:

Lo que primero iba brevemente dicho y casi por señas (porque la persona a quien se escribió era muy enseñada y en pocas palabras entendía mucho), ahora, pues, para todos, va copiosa y llanamente declarado, para que cualquiera, por principiante que sea, lo pueda fácilmente entender¹².

Pero lo más importante es cómo se nos explica a continuación la intención y sentido de la obra, muy en armonía, por otra parte, con lo que ya se había sugerido en el título general de la misma. Dice así:

El intento del libro es dar algunas enseñanzas y reglas cristianas, para que las personas que comienzan a servir a Dios, por su gracia sepan efectuar su deseo. Y estas reglas quise más que fuesen seguras que altas, porque, según la soberbia de nuestro tiempo, de esto me pareció haber más necesidad. Danse primero algunos avisos, con que nos defendamos de nuestros especiales enemigos, y después gástase lo demás en dar camino para ejercitarnos en el conocimiento de nuestra miseria y poquedad, y en el conocimiento de nuestro bien y remedio, que está en Jesucristo. Las cuales dos cosas son las que en esta vida más provechosa y seguramente podemos pensar¹³.

Sobre estos temas volveré más adelante, cuando hable de la estructura de esta obra; algo que aquí ya se delinea muy claramente. Lo que ahora más me interesa subrayar es el hecho de que el santo Maestro Ávila diga expresa-

sus tiempos", en: *El maestro Ávila*. Actas, 83-88. Para una visión más amplia de lo que fue la teología y la espiritualidad del siglo XVI español, cf. M. ANDRÉS MARTÍN, *La teología española en el siglo XVIII* (BAC, Madrid 1976) 669, en especial cap. XXII: "El 'Índice de libros prohibidos' de 1559", 612-629; E. PACHO, *El apogeo de la mística* (Burgos 2008) 1407, especialmente caps. IV-X, 273-1013.

12 JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* I, 407.

13 *Ibid.*

mente que quiere dirigirse sobre todo a personas que comienzan en el camino de Dios, como ya indiqué anteriormente, y que prefiere hablar de cosas que sean más “seguras que altas”. Esta es pues una obra que, por los motivos que fueran, de forma explícita no se ha querido particularmente mística, sino más bien práctica (de “enseñanzas y reglas”). No falta en sus páginas, es verdad, pasajes de corte místico, como ciertos comentarios sobre algún verso del *Cantar de los Cantares*¹⁴, o puntos dedicados explícitamente a hablar de las revelaciones; pero, en este caso, más bien para poner en guardia contra la posible falsedad de las mismas y dar consejos para realizar siempre su necesario discernimiento, no tanto como ideal o meta de vida¹⁵. Y esto ciertamente es muy significativo, si se piensa sobre todo en ciertas doctrinas de grupos espirituales de aquella primera mitad del siglo XVI español; doctrinas muy castigadas y perseguidas por la Inquisición española de ese tiempo.

3. EL PRÓLOGO DE 1574¹⁶

Dicho Prólogo tiene en la práctica dos partes. Siguiendo en cierto modo la línea de lo que había hecho ya en la versión anterior del *Audi, filia*, Juan de Ávila describe primero de forma muy interesante los diferentes avatares de la obra hasta la presente versión, que para él es la verdaderamente válida. Indica de nuevo que el origen de esta obra, que aquí describe como “tratado sobre el verso del salmo cuarenta y cuatro, que comienza: *Oye, hija, y ve*”, fue inicialmente un escrito redactado muchos años antes para una “religiosa doncella”, fallecida bastante tiempo atrás. Que, no obstante los muchos libros que circulaban por entonces sobre temas espirituales, las peticiones de algunos fueron la causa de que se animara a ampliar y completar dicho escrito, pensando en un público más amplio, aunque esto le costó la salud. Pero lo

14 Cf. especialmente los capítulos 57-58 y 69 del *Audi, filia* 1574. Aunque hay que decir que ya desde el arranque mismo del *Audi, filia*, y refiriéndose los versos sálmicos que sirve de marco a toda la obra (Salmo 44,11-12) se establece una cierta identificación entre “la devota esposa de Jesucristo”, a la que iba dirigida inicialmente la obra, y la Iglesia (como Esposa de Cristo podríamos decir) destinataria última de las palabras del mencionado salmo, según nuestro autor (1,1). Cf. J. ESQUERDA BIFET, “Cantares”, en: IDEM, *Diccionario de san Juan de Ávila*, 140-144; J. DEL RÍO MARTÍN, “La Iglesia, Esposa de Cristo, en san Juan de Ávila”: *Toletana* 10 (2004) 57-77.

15 Cf. *Audi, filia* 1574, 50-55.

16 Cf. JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* I, 536-537

más decisivo para ponerse de nuevo a ello fue, según afirma, el haber visto impresa su obra sin su consentimiento y sin una última revisión. De hecho pide que por favor se destruya cualquier otro ejemplar que circule por ahí de forma manuscrita, e incluso dice no sentirse identificado con el texto de la edición impresa en 1556.

Ya al final de esta primera parte del Prólogo encontramos, como en la vez anterior, una aclaración interesante sobre el tono y estilo de la obra. Se nos dice lo siguiente:

También me parece avisarte de que, como este libro fue escrito a aquella religiosa doncella que dije, la cual, y las de su calidad, han menester más esforzarlas el corazón con confianza que atemorizarlas con rigor, así va enderezado más a lo primero que a lo segundo. Mas si la disposición de tu ánima pide más rigor de justicia que blandura de misericordia, toma de aquí lo que hallares que te conviene, y deja lo otro para otros que lo habrán menester. Y todo el libro, con el autor, va sujeto a la corrección de nuestra Madre la Santa Iglesia Romana¹⁷.

La intención de nuestro autor de acentuar más el amor y la misericordia que el temor y el juicio de Dios parece algo muy evidente a partir de una primera lectura de este texto. Y también que en su tiempo había personas y grupos más partidarios de lo contrario, es decir, de todo aquello que supiera a más rigor y exigencia. En mi opinión, en todo caso, por medio estaría igualmente muy presente en esas afirmaciones la cuestión del llamado “beneficio de Cristo”, y todo lo relacionado con la justificación por la fe y por las obras. De hecho, en la práctica Juan de Ávila se moverá en estas páginas de la segunda versión del *Audi, filia* un poco entre ambos extremos: por una parte, como fogoso predicador no dudará en dedicar un espacio relativamente amplio a suscitar en el lector la exigencia de conversión y la responsabilidad personal, y, por otra, no puede menos de volver continuamente a recordar, no obstante todo, el amor y la misericordia de Dios manifestados en Cristo, y, de modo especial, en Cristo crucificado¹⁸.

¹⁷ *Ibid.*, 537.

¹⁸ Para una visión de conjunto, cf. L.F. LADARIA, “La doctrina de la justificación en san Juan de Ávila”, en: *El maestro Ávila*. Actas, 553-577.

La referencia final al juicio de la Iglesia me parece sinceramente que no es una mera fórmula de conveniencia, aunque sin duda también lo es, puesta así tal cual en ese lugar, y después de la amarga experiencia de haberse visto incluido en el *Índice* de Valdés. Pero lo cierto es que para nuestro autor el juicio de la Iglesia era algo fundamental para estar en la verdad de Dios sin engaños o autoengaños, como ya dejó claro en la versión anterior y dirá de nuevo más adelante en esta nueva versión del *Audi, filia*¹⁹.

La segunda parte del presente Prólogo la dedica nuestro autor a ofrecer una “breve suma” o recorrido del orden temático seguido a lo largo de los diferentes capítulos²⁰. Me referiré de nuevo a este texto más adelante. Por ahora me basta decir que dicho resumen es imprescindible para no perderse en la lectura de esta obra, organizada en capítulos sin casi ulteriores divisiones; porque las anteriores, siguiendo el ritmo de los versos sálmicos, aquí prácticamente casi ni se ven; lo cual, junto con ciertas repeticiones temáticas que vienen ya en parte de la edición anterior, no ayuda en verdad mucho a una lectura continuada de la obra en cuanto tal, que, de alguna manera, se vuelve así algo hermética o menos fácil de comprender en su conjunto²¹.

III. ESTRUCTURA Y DESARROLLO DE LA OBRA

Después de lo dicho en el punto anterior se impone pasar a decir una palabra sobre la estructura y desarrollo de la obra, es decir, sobre cómo está organizada y articulada²². Para ello me fijaré principalmente en el texto de la segunda redacción, que también será el que me servirá de referencia principal en mi exposición a partir de ahora²³.

19 Cf. capítulos 46-55.

20 Cf. JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* I, 537-538.

21 De ahí que resulte muy útil el esquema comparativo que propone L. SALA BALUST en su trabajo “Diferencias doctrinales entre las dos ediciones del *Audi, filia*”, en: JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* I, 377-382.

22 Para completar lo que aquí digo a este respecto, cf. A. GRANADO BELLIDO, “Introducción”, en: JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia* (San Pablo, Madrid 1997) 5-51; *Id.*, “El ‘*Audi, filia*’: El misterio de nuestra salvación”, en: *El Maestro Ávila*. Actas, 605-623.

23 Las referencias de los capítulos y párrafos de los mismos citados en cada caso las pondré de ahora en adelante de forma simplificada dentro del texto, tanto arriba como en las notas, y generalmente entre paréntesis.

En las primeras páginas del presente trabajo he hablado del *Audi, filia* como de un manual o compendio de vida cristiana. Juan de Ávila lo llama más bien tratado. Así se nos dice ya en la dedicatoria de su primera versión impresa, pero de forma más contundente en el prólogo de la segunda. Y, desde luego, los cambios introducidos en la misma han ido ciertamente en el sentido de acentuar la idea de tratado o exposición doctrinal por encima de cualquier otro planteamiento, sin perder por eso su sentido exhortativo y práctico.

Por lo demás, aparte de ampliar el desarrollo de algunos temas, en la versión de 1574 teóricamente al menos se sigue el orden de los versos sálmicos haciendo sólo un pequeño cambio. No se dice *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tuae. Et concupiscet rex decorem tuum*, como en el salmo y en la primera versión, la de 1556, sino *Audi, filia, et inclina aurem tuam, et vide...* En todo caso a estas tres primeras partes de la frase dedica 96 de los 113 capítulos en que está dividido el comentario/tratado en la versión definitiva.

Después de esta indicación, quizá bastaría citar aquí simplemente lo que nuestro autor ya dejó escrito en la segunda parte del Prólogo. A ese texto, sin duda, remito al lector. Pero me parece importante intentar por mi parte una presentación temática quizá menos escueta, que me permita en todo caso hacer algunos comentarios importantes para una adecuada comprensión de la obra.

El punto de arranque temático es el de los falsos lenguajes del mundo, de la carne y del demonio. En total 30 capítulos. De los cuales dedica una parte importante al demonio y sus asechanzas (17-30). Puede resultar curioso este arranque, aunque quizá no tanto si se piensa en que Juan de Ávila era un predicador con gran experiencia en todo lo que significaba la necesaria conversión personal a una vida evangélica por parte de muchos de sus oyentes. Por lo demás, ya en estos mismos capítulos aprovecha también para hablar de temas más positivos, por ejemplo, sobre la castidad como virtud y como estado (11-16) o sobre la merced o beneficio de Cristo y la misericordia de Dios (19-24).

A continuación pasa a hablar de la fe como del lenguaje que debemos oír y al que debemos tener siempre abierto nuestro oído, principalmente la Sagrada Escritura interpretada por el Magisterio (31-49); capítulos que se completan con otros sobre las revelaciones; empezando por el peligro de las falsas revelaciones y siguiendo por la necesidad de discernirlas siempre y de la necesaria ayuda en este camino de un director espiritual (50-55). Estamos aquí,

pues, ante capítulos muy centrales para la comprensión de su doctrina sobre la vida cristiana y sus fuentes de referencia.

Un nuevo bloque de capítulos se articula como comentario a la frase del salmo: “*et vide*” (56-96). La fe no es un camino vacío de contenidos, de ahí la importancia del conocimiento y de la reflexión. Pero ¿qué es lo que tenemos que ver o considerar? Con los ojos del alma el hombre debe dirigir su mirada hacia tres puntos fundamentales: hacia sí mismo (56-67), hacia Cristo (68-93) y hacia los prójimos (94-96). Considera importante para el conocimiento de sí mismo la lección y la meditación, especialmente de la muerte y del juicio, y, en esa misma línea, el examen de conciencia. Aunque no limitado a lo negativo. También juzga importante el conocimiento de las buenas obras que hacemos o podemos hacer. En cuanto al conocimiento de Cristo, considera fundamental meditar sobre su pasión, tanto por lo que tiene de ejemplar, para imitarle sobre todo en lo referente a la mortificación corporal y de las pasiones, como para ahondar en el sentido más profundo y teológico que la Cruz de Cristo encierra en cuanto lugar de manifestación y revelación del amor de Dios hacia el hombre. Por último, el amor hacia los prójimos lo motiva como una consecuencia casi lógica del amor hacia uno mismo (94) y “del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo” (95). La pregunta que uno se puede hacer es si hay que esperar tanto para ponerse a amar a los prójimos o es algo que se pone aquí sólo por cierta estrategia. En ese caso indicaría más bien que un verdadero amor del prójimo tiene que ir necesariamente unido al proceso personal de conocimiento propio y conversión y al conocimiento profundo de los ejemplos y misterio de la cruz de Cristo.

Y, por si no hubiera quedado claro que la vida del cristiano está llamada a ser un camino que exige, por lo mismo, dar pasos concretos, dedica a continuación una serie de capítulos (97-102) a explicar la necesidad de dejar atrás el estilo anterior de vida (“*et obliviscere populum tuum*”) y, sobre todo, a exponer la importancia de dejar y negar la propia voluntad (la casa de la propia voluntad, cuyo padre es el demonio: “*et domum patris tui*”) en orden a buscar y cumplir en todo momento la voluntad de Dios.

Resulta quizá chocante que se haya pospuesto para tan tarde el tratar estos temas, que, por otra parte, son de capital importancia para iniciar y dar los primeros pasos en el camino espiritual. Personalmente no encuentro otra explicación que la de haberse visto forzado nuestro autor a ello, de alguna manera, por los mismos textos sálmicos que le sirven de guía. En todo caso

también podría comprenderse como una indicación en orden al comentario de la frase siguiente: “*Et concupiscet rex decorem tuum*” (103-113). Pero es algo que me convence sólo a medias. Pues, si es verdad que sólo puede ser agradable a los ojos de Dios alguien que le busque y le escoja por encima de todo, y de aquí el discurso sobre la hermosura del alma y el pecado como su contrario, igualmente es cierto que lo que acaba diciendo al final Juan de Ávila es que nuestra belleza interior procede de la sangre de Cristo crucificado, y que eso es lo que considera atrayente el Padre en cada uno de nosotros. De hecho, así resume el contenido de estos capítulos finales en la “breve suma” inicial del Prólogo:

Y desde allí hasta el final del tratado, de cómo la hermosura del ánima, que se pierde por el pecado, se recobra por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, y por la penitencia, a cuya misericordia plega de dar gracia para que lo leas para tu provecho y para su gloria²⁴.

Resumiendo podemos decir que estamos ante una obra de espiritualidad y vida cristiana, que fundamentalmente es más teologal y cristocéntrica que puramente antropológica²⁵. Quizá Colosenses 1,13 podría sintetizar mejor que ninguna otra frase el proceso descrito a lo largo de sus distintos capítulos. Un texto paulino éste que, sin embargo, sólo se cita una vez, y que se traduce así: *os sacó de vuestras tinieblas a su admirable lumbre* (65,4).

Quiero decir con esto que, aunque centrada en la aventura de la relación del hombre con Dios, no acentúa tanto el proceso del itinerario espiritual o crecimiento del hombre en la vida de Dios, cuanto más bien en el don inmenso que Dios en Cristo es para el hombre. Y desde ahí ve el sentido de todo lo demás, incluidas las prácticas espirituales y el proceso espiritual. Pero yendo un poco más a fondo, está claro que de alguna manera todo ello tiene un eje

24 SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* I, 538.

25 Lo cual no indica que no se ofrezca, más o menos explícitamente, una antropología, tanto natural como sobrenatural. A este propósito resulta interesante la reflexión que propone en 64-66. Suele tener, de hecho, también una forma ordenada de introducir el discurso sobre la vida cristiana empezando por el cuerpo (cf. 56), aunque su visión del mismo no sea siempre demasiado positiva (cuerpo/carne, cf. 5-9; muerte del cuerpo, cf. 60; mortificación corporal, cf. 76; o la hermosura de la que se quiere hablar, que no es la del cuerpo, cf. 103-105). Sobre la antropología, cf. M. ANDRÉS MARTÍN, *San Juan de Ávila, maestro de espiritualidad*, 105-112; J. ESQUERDA BIFET, “Hombre”, en: *Id., Diccionario*, 461-464.

central que es la doctrina conocida como la “del beneficio de Cristo”, a la que ya me he referido más arriba. Una doctrina que no es suya en origen, aunque él sepa darle una gran proyección tanto doctrinal como vivencial, sobre todo conjugándola con las referencias a la misericordia de Dios en cuanto tal²⁶. Algo, por otra parte, de gran actualidad en nuestros días, sobre todo a partir de la experiencia y el mensaje de figuras señeras de la espiritualidad del siglo XX, aunque no tan común en el suyo. Quizá fuera esta mista doctrina la que le hiciera concluir la obra con una referencia a la belleza de Cristo y no tanto a la belleza del alma santa considerada en sí misma. Pero es que para nuestro autor es evidente que la verdadera belleza del hombre está en llegar a ser y vivir como Cristo, y esto, en el fondo, es siempre gracia; aunque, desde luego, ese don no se hace realidad plena en nosotros si cada uno no lo acepta y acoge de forma personal y libre²⁷.

IV. LAS VERDADES DE LA FE Y LA VIDA CRISTIANA

Se podría pensar que, al ser un libro en el que se dice que se van a dar “reglas” y “avisos” para la vida cristiana, su tono ha de ser fundamentalmente práctico, y concluir, por lo tanto, que en sus páginas los contenidos de la fe ocuparán un plano muy secundario. Sin embargo, al menos en este caso, no es así, como ya ha quedado claro en lo que he dicho hasta ahora. Es cierto que no encontramos en ese escrito una exposición sistemática de la fe cristiana, pero sí una serie de referencias esenciales de la misma, explicadas en algunos casos de forma más bien abundante, sobre todo en la versión de 1574, aunque también en la anterior de 1556, en la que, ya en la Dedicatoria, se hablaba de dar “enseñanzas” de vida cristiana.

26 Cf. J. ESQUERDA BIFET, “Beneficio de Cristo”, en: *Id.*, *Diccionario*, 104-110; J.J. GALLEGO PALOMERO, “Juan de Ávila, profeta del amor misericordioso de Dios”: *Seminarios* 57 (2011) 105-140.

27 La misericordia y el amor de Dios hacia el hombre a nuestro autor, sin embargo, no le hace relegar a un segundo plano el pecado como realidad y como posibilidad de una vida al margen de Dios. Es más bien todo lo contrario. De hecho, sobre todo en los primeros capítulos, insiste en ello de una forma casi machacona. Pero también en el resto de la obra, y prácticamente hasta el final. Un planteamiento que me parece muy adecuado. Porque ya se sabe que, quien no tiene en cuenta la realidad de lo que el pecado representa, tampoco acaba considerando en su justo valor el amor y la misericordia de Dios, por mucho que hable de ellos. Pero este no es el caso de Juan de Ávila en el *Audi, filia*.

Por lo demás, si miramos detenidamente el texto de 1574, podremos comprobar que en muchos de sus capítulos estamos ante una exposición más doctrinal que práctica. O al menos que su autor tiene una preocupación tanto doctrinal como práctica. De ahí, sin duda, su continuo remitir a textos de la Sagrada Escritura tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y especialmente de San Pablo, o las referencias y citas textuales, a veces bastante largas, de grandes maestros de la tradición cristiana antigua y medieval²⁸.

Si no se conoce bien quién fue Juan de Ávila se puede pensar que este continuo recurso a la Escritura o a otros autores es un puro artificio estilístico o metodológico. En el caso de la obra *Audi, filia* dicho estilo podría ser, en parte, consecuencia de los continuos requerimientos que le hicieron los censores para expresar mejor la doctrina expuesta en dicho libro. Pero, aceptando al menos en parte esto segundo, me parece que el motivo de ese modo de proceder tiene también otras raíces más profundas. Por un lado, su voluntad de compartir con sus lectores pensamientos y textos de otros, de una gran riqueza expresiva y doctrinal. Y por otro, y sobre todo, porque ese es su propio modo de ver las cosas, como nos demuestra la carta escrita en 1538 y dirigida a un discípulo suyo²⁹.

En la mencionada carta se ve, como en un perfecto díptico, la importancia que nuestro autor concede tanto al conocimiento y estudio doctrinal como a la práctica espiritual y de vida cristiana en general. Pues bien, aparte de recordar en ella varias veces la importancia de la lectura y estudio de la Sagrada Escritura, sobre todo del Nuevo Testamento, invita igualmente a servirse de la lectura de otros autores que puedan ayudar a la mejor comprensión de la misma. Entre otros, Jerónimo, Crisóstomo (Juan), y algunos escritos de Erasmo, aunque estos últimos a “condición que se lean en algunas

28 Cf. sobre todo en esta obra san Agustín, san Jerónimo y san Bernardo; pero la lista es mucho más larga: Orígenes, Ambrosio, Atanasio, Basilio, Juan Crisóstomo, Juan Clímaco, Dionisio, Gregorio Magno, Guigo el Cartujano, Buenaventura, Gerón, y hasta Luis de Granada. No faltan tampoco referencias a dichos y hechos de los padres antiguos del desierto y a la experiencia y enseñanzas de santos, como san Francisco y Santo Domingo.

Para otros datos sobre las preferencias bíblicas y los autores citados por Juan de Ávila en sus distintos escritos cf. J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 119-143. En cuanto al magisterio de la Iglesia, en el *Audi, filia* se cita expresamente el concilio de Trento en lo pertinente a la justificación (44,10; 84,6; 91,6) y se menciona la Vulgata latina como texto bíblico a seguir (57,1). A lo que hay que añadir otras referencias más amplias al magisterio del Romano Pontífice y la Iglesia Romana (cap. 46 y 49).

29 Cf. Carta 225, Granada 1538, en: JUAN DE ÁVILA, *Obras completas IV: Epistolario* (BAC, Madrid 2003) 724-726.

partes con cautela”, sobre todo “cuando discrepa del sentido común de los otros doctores o del uso de la Iglesia”³⁰. También recomienda la lectura de algunos libros de San Bernardo, sobre todo *In Canticis*, y de Casiano (*De collationibus Patrum* y *De octo vitiis*). Estos dos autores entre los libros más devotos, dice, que no deben faltar. Y, entre los escolásticos, la *Suma Cayetana*, que considera importante para algunos casos³¹.

Muy razonablemente Juan de Ávila, después de enumerar todos esos autores y obras comenta:

Más dirá: ¿Cómo tengo de leer tanto? Digo que no es mi intención de ahogalle tanto con lección, que más querría velle vivir con oración, más doile recepta para muchos días, la cual ha de ir obrando poco a poco y con libertad de corazón³².

Por ciertas referencias que encontramos en el texto de la carta al que me estoy refiriendo ahora, todas esas recomendaciones van dirigidas a un clérigo y no a un seglar sin más, pero eso nos puede ayudar a comprender mucho mejor lo que el mismo Juan de Ávila hacía, y la importancia que daba a esas mismas cosas que recomienda a otros, es decir, al estudio, sobre todo de la Escritura, aunque también de otros autores. Todo en función de la vida, vista en un sentido global y globalizador; siempre en armonía con ella y dentro de ella, no al margen.

Volviendo ahora al texto del *Audi, filia* (versión 1574), podemos descubrir en él una decidida voluntad de ofrecer y comunicar a sus posibles lectores el fruto del propio estudio y reflexión sobre los temas que se están tratando. Todo, por otra parte, alimentado desde sus raíces más plenamente

30 Cf. M. ANDRÉS MARTÍN, “Erasmus (1466-1536) y Juan de Ávila (1500-1569): en torno a su humanismo y espiritualidad”, en: *El maestro Ávila*. Actas, 171-194; F. MARTÍN HERNÁNDEZ, “¿Fue erasmista san Juan de Ávila?”: *Anuario de historia de la Iglesia* 21 (2012) 63-76.

31 En sintonía con esto dirá después en el *Audi filia*: “Conviene también ayudarse el hombre que quiere estudiar la Divina Escritura, del socorro y exposición de los Santos, y aun de escolásticos; porque lo que del estudio de la Divina Escritura se saca sin llevar estas cosas, probádolo ha Alemania, mas por su mal” (48, 6). Cf. J. ESQUERDA BIFET, “Biblioteca”, en: *Idem, Diccionario*, 112-114.

32 JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* IV, 725. Una idea esta, la de la libertad, que vuelve a retomar ya casi al final de la misma carta en los siguientes términos: “Viva en libertad de hijo de Dios, sintiendo de El su bondad y esperando por su sangre la herencia que nos ha de dar, que pues nos ha llamado y justificado, El cumplirá lo que falta”, 726.

bíblicas. De hecho podemos decir que, aparte de los temas de corte más ascético-místico o espiritual, a los que de alguna manera ya he venido haciendo referencia en páginas anteriores, en dicho libro están presentes, en mayor o menor medida, casi todos los grandes temas doctrinales propios del pensamiento y los escritos avilinos: Dios Trinidad, Dios Padre, Jesucristo y sus misterios salvadores (sobre todo encarnación y cruz), la misericordia divina, el Espíritu Santo, la revelación, la Sagrada Escritura, la fe y la razón, la Iglesia y su magisterio, María, el valor de las obras, los sacramentos (bautismo y eucaristía sobre todo), el demonio, el pecado, la gracia y la justificación (o si se prefiere el hombre pecador y el justificado), las virtudes teologales (la fe y el amor, pero no menos la esperanza), los santos, la vida futura, etc.³³ Sin ignorar temas tan actuales hoy, pero igualmente muy de su tiempo, como el hecho de aquellos que se han separado de la fe de la Iglesia católica (con varias referencias implícitas y explícitas a Martín Lutero y la doctrina protestante), o también que existen otros que tienen otra fe en Dios distinta de la nuestra (con referencias a Mahoma)³⁴.

Volviendo ahora a la S. Escritura, me parece importante su insistencia en una serie de planteamientos, muy actuales por otra parte, sobre tres puntos: la necesidad de alimentarse constantemente de la Palabra de Dios (cosa que cada vez más difícil en ese siglo para el cristiano de a pie a partir de la cuestión protestante); la relación entre la Sagrada Escritura, palabra de Dios escrita, y Cristo verdadera Palabra del Padre; y la lectura y aplicación personal de la Palabra de Dios escrita hecha en el marco de las enseñanzas de la fe de la Iglesia Católica y nunca en contra de lo que ella dice o entiende acerca de la misma (45-46)³⁵.

En este sentido existe un texto que me parece muy interesante, que se ha mantenido prácticamente igual en ambas versiones del *Audi, filia*. Refirién-

33 Para una visión amplia de los temas más importantes de Juan de Ávila en sus diferentes escritos, cf. J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 119-529. También la bibliografía indicada anteriormente en la nota 5.

34 Cf. Sobre Lutero y la doctrina protestante: 22,2; 23,6; 29,5; 46,4; 49,3. Y sobre Mahoma: 32,2; 37,3; 42,3; 46,4.

35 Resulta interesante, por actual, la afirmación de que la S. Escritura ha de ser leída e interpretada con el "espíritu con que fue hecha", que es lo mismo que nos dice la *Dei Verbum* (12). Aquí se afirma: "Porque de otra manera, ¿cómo se puede bien entender con espíritu ni ingenio humano lo que habló el divino, pues cada escritura se ha de leer y declarar por el mismo espíritu con que fue hecha?" (46,1). Para una visión de conjunto sobre el tema, cf. J.M. SÁNCHEZ CARO, "La Sagrada Escritura según san Juan de Ávila": *Seminarios* 57 (2011) 33-74.

dose a la importancia del examen de conciencia, le comenta a Sancha Carillo que no piense que no está sometida a leyes y reglas, sino más bien todo lo contrario. En este caso se sobreentiende que nuestro autor se está refiriendo al hecho de que ella no ha ingresado en un monasterio, sino que sigue viviendo en su casa. El texto dice así:

Miraos como a cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habéis de vivir sin ley ni regla, mas debajo de santa sujeción y disciplina de la virtud; y que no habéis de hacer cosa mala que no la paguéis. Entrad en capitulo con vos a la noche, juzgándoos muy particularmente, como haríades a otra tercera persona (62,2).

En cierto modo puede resultar curioso que estas frases no hayan desaparecido en versiones posteriores de esta misma obra. Pero, por otra parte, me parece algo acertado, dado que, al universalizar la perspectiva de los destinatarios, sigue siendo válida la afirmación de que toda vida cristiana está sometida a leyes y reglas, aunque no se viva en un monasterio o se haya tomado la decisión de profesar un estilo de vida bajo una regla de vida concreta dentro de la Iglesia. En este sentido me parece que lo que se afirma en el texto va mucho más allá de una recomendación para el examen de conciencia y la corrección de las propias faltas y defectos. Indica que el cristiano tiene siempre ante sí una realidad objetiva ante la cual confrontarse y en la cual inspirar la propia vida.

V. UN CAMINO DE CONOCIMIENTO Y DE AMOR

Llegados a este punto podemos decir que, de alguna manera, para Juan de Ávila el verdadero conocimiento, sobre todo el de la fe, está en función de la vida, y que, a su vez, la vida cristiana concreta es cuestión de conocimiento y de amor. Pero no sólo de un conocimiento teórico de las verdades cristianas, ni sólo de un autoconocimiento de tipo moral o ascético, que también, sino fundamentalmente de un conocimiento del amor de Dios en Cristo, y de lo que lleva y de lo que no lleva al hombre hacia esa meta. De ahí todo su discurso sobre los lenguajes: los de los enemigos mundo, carne y demonio,

y el de Dios. Y las largas reflexiones con las que se quiere enseñar a escuchar (*inclina aurem tuam*) y saber ver o contemplar a Dios y las cosas desde Dios (*et vide*).

Esta propuesta, en la que la vida se hace conocimiento encarnado, me parece que se encuentra magistralmente expresada en el texto siguiente:

No sólo gozan, los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia, de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima, que se les diga con mucha verdad (Lc 17, 21): *El reino de Dios dentro de vosotros está; el cual*, como dice San Pablo (Rom 14, 17), *consiste en tener dentro de sí justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo*. Y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, *las ballarían escritas en los corazones de ellos*; no porque las sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la Ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite; y seguir lo que su corazón quiere, es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva Ley y medida de las obras humanas (37,1).

Por todo lo dicho hasta ahora creo que se puede entender bien que Juan de Ávila en esta obra prefiera más indicar o sugerir contenidos globales que insistir en una interminable lista de virtudes o de puras prácticas religiosas; aunque estas ciertamente no las ignora, pero tampoco las multiplica; de hecho lo suyo es sugerir una actitud más bien de progresiva sencillez en las formas y modos de vivir y de orar, muy en sintonía, por otra parte, con la llamada oración de recogimiento (57-93), muy de moda en algunos ámbitos espirituales del siglo XVI español, si bien era mirada con recelo por parte de otros, incluso de algunas instituciones oficiales de la Iglesia³⁶.

36 B. JIMÉNEZ DUQUE, *El maestro Juan de Ávila*, cap. XIV: "El maestro espiritual. Paulinismo", 183-194; M. ANDRÉS MARTÍN, *San Juan de Ávila, maestro de espiritualidad*, 113-141; J. ESQUERDA BIFET, "Alumbrados" en: IDEM, *Diccionario*, 39-41; "Contemplación", en: *ibid.*, 217-223; "Espiritualidad cristiana", en: *ibid.*, 371-375; "Fenómenos místicos o extraordinarios", en: *ibid.*, 412-415; "Meditación", en: *ibid.*, 610-612; "Oración", en: *ibid.*, 672-676; "Recogidos, recogimiento", en: *ibid.*, 783-786; J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 408-440; R. ROLDÁN-FIGUEROA, *The Ascetic Spirituality of Juan*

Por lo demás, en esta visión más bien globalizada de la vida cristiana, la meditación no excluye la lección, es decir, una lectura que pueda mover el corazón a orar, aunque sin estar demasiado apegados al texto leído, sino más bien despiertos a lo que Dios pueda sugerir en el interior por ese u otro medio. A su vez el examen de conciencia se considera dentro del conjunto de los instrumentos necesarios para alcanzar el conocimiento propio a la luz de Dios³⁷, y por eso lo considera tan unido a la práctica misma de la meditación. Todo ello, a su vez, no excluyendo para nada la oración vocal o las devociones propias, aunque de estas dice que no han de ser tantas que acaben cansando y quitando la devoción que se andaba buscando (59-60).

En todo caso, y a pesar de la libertad que siempre indica que hay que tener, se permite sugerir acá o allá cierto orden o proceso en el modo de orar, o también el cerrar los ojos para recogerse mejor, el orar de rodillas, etc.

Lo que quizá resulte curioso para el lector moderno es que, en orden al conocimiento propio, se proponga expresamente meditar sobre la muerte y el juicio (60-61). Una práctica, por otra parte, muy de ese siglo, que ha llegado, sin embargo, casi hasta los mismos umbrales del Vaticano II.

Pero para Juan de Ávila el gran tema de meditación y oración ha de ser siempre Cristo y sus misterios salvadores, sobre todo su pasión (74-93). Una práctica muy de aquella época y que, al menos en ciertos ambientes en España, se ha mantenido como la anterior hasta hace pocas décadas. Quizá éste es uno de los pocos puntos en los que se arriesga a proponer cosas tan concretas como un plan de meditación sobre la pasión de Cristo para cada día de la semana, exceptuado el domingo, porque, sugiere, hay que dedicarlo necesariamente a meditar sobre la resurrección y la gloria de Cristo en el cielo (72,3-4)³⁸. Para esta meditación indica que pueden ser útiles algunas obras de san Agustín, o del Cartujano, o de fray Luis de Granada (74,1). Pero, a su vez, él aprovecha

de Avila (1499-1569) (Brill, Leiden – Boston 2010) 263; R. GARCÍA MATEO, "San Juan de Ávila, maestro de oración": *Anuario de historia de la Iglesia* 21 (2012) 77-101. Para una visión más amplia de esta cuestión en los dos primeros tercios del siglo XVI español: cf. M. ANDRÉS MARTÍN, "Introducción", en: FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer abecedario espiritual* (BAC, Madrid 1972) 57-116; D. DE PABLO MAROTO, *Dinámica de la oración* (EDE, Madrid 1973) 83-112; E. PACHO, *El apogeo de la mística cristiana*, 843-943.

37 Cf. J. ESQUERDA BIFET, "Conocimiento propio", en: IDEM, *Diccionario*, 210-214.

38 Otros autores contemporáneos de Juan de Ávila también hacen propuestas parecidas. Cf. el cuadro sinóptico comparativo que nos ofrece M. ANDRÉS MARTÍN, "Introducción", en: FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer abecedario*, 20.

para hacer una larga reflexión sobre la relación que existe, o debe existir en la práctica, entre la cruz de Cristo y nuestra vida concreta, entre meditar en la pasión de Cristo e imitarle muriendo interiormente a todo lo que no es Dios, entre el crucificado que intercede por nosotros y el perdón de nuestros pecados y la gracia de la regeneración en Cristo.

En todo caso, más allá de temas, formas y modos de orar, el santo Maestro Ávila insistirá en esta obra en que lo más importante es tener el oído siempre bien abierto a Dios, a lo que Dios pueda querer decirnos o darnos a gustar por un medio o por otro. Constata, sin embargo, que gente muy espiritual confunde a veces las cosas, y hace que los medios se conviertan en fin en sí mismos. Así lo dice, por ejemplo, en el siguiente texto:

Y a este propósito hace, que si estáis leyendo o rezando vocalmente, y el Señor os visita con algún sentimiento entrañable, debéis cesar de lo que hacíades, y gozar de aquel bocado que el Señor os envía. Cumplido con lo cual podréis proseguir lo que antes hacíades. Porque como esto exterior sirva para despertar la devoción interior, no se ha de tomar por medio para lo impedir (75,6).

Ciertamente, un maestro como nuestro autor, tan experimentado en este campo, sabe bien que a veces esos sentimientos pueden venir del tentador o de nosotros mismos, sin ir más lejos, cuyo fruto, en lugar de ser positivo, acaba siendo la dispersión y la distracción de lo que es esencial (75,3). Pero también nos advierte del peligro contrario, del atarse a modos y maneras sin libertad de espíritu, sin la sencillez y humildad del niño del reino de los cielos³⁹.

39 En este sentido me parece importante el siguiente texto: “Y no os hablara en tantas particularidades, si no hubiera visto gente tan atada a sus reglas y a cumplir sus tareas, que aunque haya causas para creer que el Señor quiere que se interrumpen, ellos no quieren. Y si los quiere llevar Dios por un camino, ellos quieren ir por otro, fundados en su prudencia; siendo gran verdad que no hay cosa más contraria a este ejercicio, que pensar los hombres que se pueden por su discreción regir en él. Y a muchos he visto llenos de reglas para la oración, y hablar de ella muchos secretos, y estar muy vacíos de la obra de ella; porque el estribar en ellas, y el acordarse de ellas en el tiempo de la oración, les quita aquella humildad y simplicidad de niño con que en este negocio han de tratar con Dios, como arriba os he dicho. Y no os digo esto para quitar las industrias razonables que de nuestra parte hemos de poner, especialmente cuando somos principiantes en ellos, mas para que se haga con tanta libertad, que no nos impidan el estar colgados del Señor, esperando sus mercedes por la vía que Él las quisiere hacer” (75,5). Por cierto que tiene cierto parecido con otro de santa Teresa de Jesús en *Camino de perfección* 31,12-13.

Desde esta perspectiva, y para concluir, me parece que una de las mejores descripciones, y una de las que más representa todo lo que Juan de Ávila nos dice sobre la oración, la encontramos en la siguiente frase: “estar colgados del Señor” (75,5). Algo que vale no sólo para la oración, sino también para la vida en general.

Por otra parte esta actitud fuertemente teologal y contemplativa no se separa, en esta obra, del amor al prójimo. Quizá pueda llamar la atención que sólo después de la meditación y la oración se hable más explícitamente del amor al prójimo⁴⁰. Pero a lo mejor no tanto si consideramos que lo hace después de invitarnos a meditar y acoger el amor y el ejemplo del Crucificado, como dije más arriba. Un tema éste de Cristo crucificado sobre el que vuelve en los capítulos finales de esta misma obra para invitarnos a descubrir la belleza de amor de Dios que se encierra en el rostro de aquel que humanamente parece sin belleza (110-113).

40 Sería un error pensar, sin embargo, que hasta ese momento el Maestro Ávila se había olvidado de tener en cuenta un tema tan importante en la vida cristiana como es el amor al prójimo. De hecho las referencias a dicho amor al prójimo son constantes en los capítulos anteriores desde el principio (4,2; 8,4; 12,4, etc.).

